

LA *LECTIO DIVINA*

Lectio divina es una expresión latina que significa “lectura divina” o “lectura de Dios”. No es sólo una metodología para orar sirviéndose de la Biblia, sino una forma de adentrarse en la Sagrada Escritura hasta llegar al corazón mismo de Dios.

La expresión Lectio divina procede de Orígenes, un gran estudioso y amante de la Biblia, que vivió en Alejandría en el s. III d. C. Exhortaba a leer la Palabra de Dios con un corazón abierto y en clima de oración. Pero fue durante la Edad Media, en el seno de los monasterios, donde esta lectura orante de la Biblia se fue practicando y se sistematizó.

Esta forma de leer la Biblia responde a las exhortaciones que el Vaticano II dirige a todos los fieles cuando habla de la importancia de leer con frecuencia las Escrituras para conocer más a Jesucristo (D. V. nº 25). La Lectio divina sigue siendo la base de los diferentes itinerarios de lectura de la Palabra de Dios que propondremos en el capítulo siguiente, y por ello es interesante conocer algo de su historia, de sus presupuestos y del itinerario de lectura que propone.

1. ¿Qué es la Lectio divina?

La Lectio divina es una forma de entrar en diálogo con Dios, que nos habla a través de su Palabra. En este diálogo, poco a poco, vamos conociendo el misterio de Cristo (San Jerónimo decía: “El desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo”) y el corazón de Dios (San Gregorio Magno exhortaba: “Conoce el corazón de Dios a través de las palabras de Dios”).

La Lectio divina hunde sus raíces en la vida de la Trinidad. Nuestro Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es un Dios en diálogo de amor. Toda la creación refleja esta realidad dialogal, en la que ocupa un lugar destacado la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, capaz de participar en el diálogo de amor que se da entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Lectio divina no es sino escuchar la Palabra de Dios, que hace a la persona capaz de participar en el diálogo trinitario como hijo en el Hijo (Rom 8,29-30).

2. ¿De qué principios parte?

La Lectio divina da por supuestos algunos principios presentes en toda lectura cristiana de la Biblia:

⇒ A través de la Biblia nos habla Dios. Se nos revela con la Palabra escrita y encarnada. Nos habla al oído y al corazón, y desde ahí la escuchamos para conocer la voluntad y el corazón de Dios.

⇒ Dios nos habla a través de toda la Biblia. Cada pasaje debe pues leerse en el conjunto de la Biblia. No debemos aislarlos y quedarnos con fragmentos como verdades absolutas. Las diversas partes de la Escritura son como los ladrillos que forman una casa: juntos construyen el proyecto de

Dios para nosotros.

⇒ Las palabras de la Biblia hablan de nosotros; reflejan lo que estamos viviendo. No son sólo palabras del pasado y para el pasado, sino que nos ayudan a interpretar lo que hoy nos sucede y a entenderlo. Es como el mapa que nos ayuda a reconocer el lugar por donde caminamos.

⇒ Leemos la Biblia a partir de nuestra fe en Jesucristo, vivo en medio de nosotros. Él es la “llave” principal de la Biblia. Sin esta fe nuestros ojos estarían cerrados para comprenderla, como los del desorientado etíope (Hch 8,30-31).

⇒ Nos acercamos a la Biblia en comunidad, pero teniendo muy clara la importancia de que la lectura individual debe preparar y continuar la lectura comunitaria. Gracias al estudio y a la meditación personal, la lectura comunitaria es más rica.

3. ¿Cuál es el itinerario que sigue?

Guigo, un monje cartujo que vivió en el s. XII, se imaginaba el itinerario de la Lectio divina como una escalera de cuatro peldaños. El primer peldaño es la lectura, el segundo la meditación, el tercero la oración y el cuarto la contemplación. Se trata de un proceso dinámico de lectura en el que una etapa nace de la anterior. Es como el paso de la noche al día: es gradual, no sabemos en qué momento deja de ser la noche para comenzar el día.

LEER, MEDITAR, ORAR, CONTEMPLAR

“La lectura (lectio) es el estudio asiduo de la Escritura hecho con espíritu atento.

La meditación (meditatio) es una diligente actividad de la mente que busca el conocimiento de las verdades ocultas... La oración (oratio) es un impulso fervoroso del corazón hacia Dios, para alejar el mal y alcanzar el bien.

La contemplación (contemplatio) es una elevación de la mente hacia Dios, saboreando las alegrías de la eterna dulzura...

La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide, y la contemplación la saborea.

Puede decirse que la lectura lleva el alimento a la boca, la meditación lo mastica y lo tritura, la oración lo degusta y la contemplación es la dulzura que recrea y da alegría...

La lectura es un ejercicio de los sentidos externos, la meditación es un ejercicio de la inteligencia, la oración es un deseo, y la contemplación sobrepasa los sentidos.”

(Guigo, el Cartujo)

Estos cuatro peldaños son cuatro formas de acercarse a la Palabra de Dios, que actúan juntas en todo el proceso de la Lectio divina, aunque con diferente intensidad, dependiendo de donde se encuentre la persona, o la comunidad que esté orando. Vamos a precisar con más detalle en qué consiste cada uno de estos peldaños:

- **Lectura: Conocer, respetar, situar.**

Es el punto de partida y debe hacerse con atención y respeto. Consiste en leer y releer el texto, identificando los personajes y la acción, preguntándose por el contexto y los destinatarios, para averiguar qué es lo que el autor quiso decir a sus primeros destinatarios. Este estudio tiene tres niveles:

- ⇒ **Literario:** aproximarse al texto y analizar su estructura a través de preguntas muy simples: ¿Qué recursos literarios utiliza el autor? ¿Se trata de un relato, un poema, un código legal? ¿Cuál es el contexto en el que se sitúa el texto?...
- ⇒ **Histórico:** Se trata de analizar la situación histórica que hay en el origen del texto para percibir mejor la encarnación de la Palabra de Dios en la conflictividad de la historia humana. Pueden ayudarnos preguntas como: ¿En qué época se sitúa la acción? ¿Cuál era la situación de los destinatarios?...
- ⇒ **Teológico:** Se pretende descubrir lo que Dios quería decirle al pueblo en aquella situación histórica. ¿Qué experiencia de fe transmite? ¿Qué nos dice acerca de Dios, de la historia, del

mundo, de las personas?

Es muy importante acercarse al texto sin proyectar en él nuestra subjetividad. La pregunta clave que debemos hacernos en esta primera etapa del itinerario es: ¿qué decía el texto en su contexto?

¿En qué momento se debe pasar de la lectura a la meditación? Es difícil precisarlo, igual que es difícil decir en qué momento termina la primavera y comienza el verano. Pero si el objetivo de la lectura es leer y estudiar el texto, estaremos pasando a la meditación cuando el texto nos esté reflejando algo de nuestra propia experiencia de vida. En ese momento, hacemos silencio y abrimos el oído y el corazón: “Voy a escuchar lo que dice el Señor” (Sal 85,9). De este modo se pasa al segundo peldaño de la Lectio divina: la meditación.

- ***Meditación: rumiar, dialogar, actualizar.***

Decía S. Jerónimo que por la lectura llegamos a la cáscara de la letra, intentando atravesarla; solo con la meditación podemos llegar al fruto del Espíritu. La meditación nos ayuda a descubrir el sentido que el Espíritu quiere comunicar hoy a su Iglesia a través de los diversos pasajes de la Biblia. La pregunta que aquí nos hacemos es: ¿cuál es el mensaje que este pasaje tiene para mí, para nosotros?

Es el momento de repetir la Palabra hasta descubrir el mensaje que encierra para nosotros hoy. Esta continua repetición interior es comparada a la acción de rumiar, y por eso los monjes la llamaban también rumiatio. A través de ella, la Palabra pasa de la boca al corazón hasta impregnar sus capas más profundas. Supone un esfuerzo de reflexión que pone en acción nuestra inteligencia.

La Meditación trata de establecer un diálogo entre lo que Dios nos dice en su Palabra y lo que sucede en nuestra vida. Se medita reflexionando, preguntando por ejemplo: ¿Qué diferencias y qué semejanzas encontramos entre la situación del pasaje que estamos leyendo y la nuestra? ¿Qué cambio de comportamiento me sugiere? ¿Qué quiere hacer crecer en mí, en nosotros?... De este modo el mensaje del texto cobra actualidad y se convierte en un mensaje para mí, para nosotros.

La meditación es una actividad personal, pero también es comunitaria. La búsqueda en común hace surgir el sentido eclesial de la Biblia, sentido por otra parte que ya posee, y fortalece en todos el sentimiento de una fe comunitaria.

Hemos dicho que la meditación actualiza el sentido del texto hasta dejar claro lo que Dios nos pide. Pero, ¿en qué momento pasar de la meditación a la oración? Cuando está claro lo que Dios nos pide, también aparece con nitidez nuestra incapacidad y falta de recursos. Es el momento de la súplica: “Señor, levántate, socórrenos” (Sal 44,27). En otras palabras, la meditación es semilla de oración. Practicándola se llega a la oración.

- ***Oración: suplicar, alabar, recitar.***

La oración, provocada por la meditación, comienza con una actitud de admiración silenciosa y de adoración al Señor, “porque nosotros no sabemos rezar como conviene” (Rom 8,26). Con ella se inicia

la segunda parte del diálogo. La pregunta aquí es: ¿qué me inspira decirle a Dios el pasaje que he meditado?

Hasta ahora hemos intentado escuchar a Dios que nos habla en su Palabra, pero esta escucha nos mueve a dirigirnos a Aquel cuya palabra hemos escuchado. En la oración entran en juego el corazón y los sentimientos. Es una respuesta profundamente nuestra, que se expresa en la súplica, la alabanza, la acción de gracias, la queja...

La oración provocada por la meditación también puede consistir en recitar oraciones que ya existen: algún salmo, alguna frase de la Biblia que resuma mi reflexión...

¿En qué momento debemos pasar de la oración a la contemplación? Como ocurría en los pasos anteriores, no hay respuesta fija. La contemplación es lo que queda en los ojos y en el corazón una vez terminada la oración. Es el punto de llegada de la Lectio divina, y a la vez, el punto de partida para un nuevo comienzo.

- ***Contemplación: ver, saborear, actuar.***

Es la culminación de todo el camino. La contemplación que resulta de la Lectio divina es la actitud de quien se sumerge en el interior de los acontecimientos para descubrir y saborear en ellos la presencia activa y creadora de la Palabra de Dios, y además intenta comprometerse con el proceso transformador de la historia que esta Palabra provoca. No supone en modo alguno una evasión de la realidad, sino una penetración en lo más profundo de la historia y del designio salvador de Dios, que lleva al compromiso y a la acción para hacer presente en el mundo dicho designio salvador.

4. Las actitudes que requiere

La Lectio divina requiere unas disposiciones interiores, sin las cuales el itinerario que acabamos de describir quedaría vacío. Dichas actitudes pueden resumirse en estas tres:

⇒ **Escucha:** Es necesario acercarse a la Palabra de Dios con reverencia y en actitud atenta. Hay un pasaje en la Biblia que ilustra bien lo que supone esta actitud de escucha: “Pastoreando los rebaños de su suegro Jetró, Moisés llegó al monte Horeb y vio una zarza que ardía sin consumirse. Cuando quiso acercarse para ver aquella maravilla más de cerca, oyó una voz que le decía: ‘Moisés, no te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado’” (Ex 3,1-6). La Palabra de Dios es para nosotros, como la zarza, un misterio atrayente. Pero nos acercamos a ella descuidadamente, sin advertir que estamos pisando un terreno sagrado, en el que se encuentra Dios mismo. Es entonces cuando escuchamos una voz que nos invita a descalzarnos de todo aquello (los ruidos, las prisas, las preocupaciones...) que nos impide acoger esta Palabra que Dios nos dirige, de todo aquello que no nos deja convertirnos en discípulos de la Palabra. Así, cada vez que nos acerquemos a la Palabra de Dios tenemos que ponernos en actitud de escucha; prepararnos para escuchar. Esto puede hacerse con un momento de silencio, un gesto de adoración, una breve oración.

⇒ **Compromiso de vida:** Uno de los mayores obstáculos que dificultan y hasta hacen imposible

la práctica de la Lectio divina es la falta de coherencia entre la lectura orante de la Palabra y el tipo de vida que llevamos. La Lectio divina requiere que exista una armonía entre la forma de orar y la forma de vivir. Requiere, por tanto, una decisión radical y constante de vivir según el Evangelio, de seguir a Jesús como discípulos, o, como diría san Pablo, de vivir “en Cristo”.

⇒ **Perseverancia:** Finalmente, la práctica de la Lectio divina supone dedicación y perseverancia. Esta perseverancia debe entenderse como una progresiva adecuación a la pedagogía de Dios. Nosotros somos impacientes y queremos ver en seguida los resultados, pero los planes de Dios siguen otros esquemas. La Palabra leída, meditada, orada y contemplada es en nosotros como una semilla que da su fruto de forma misteriosa, conforme a los planes de Dios (Is 55,10-11). La Lectio divina requiere que le dediquemos asiduamente un tiempo exclusivo. De este modo, el encuentro con la Palabra de Dios nos hace ir cambiando nuestra mentalidad utilitarista y aprender la sabiduría escondida de la cruz.

Hay diversas formas de poner en práctica la Lectio divina. El ideal es que llegue a convertirse en un hábito diario en la vida del cristiano. Pero requiere un aprendizaje, que debe ir acompañado de un mayor conocimiento de la Biblia. La forma ideal para realizar este aprendizaje es el grupo. En él se va haciendo el camino junto a otros creyentes y se comparten los avances y retrocesos. Además, el grupo de creyentes que escucha asiduamente la Palabra de Dios es expresión de la Iglesia, en cuyo seno la Palabra resuena de una manera más plena. Esta Palabra viva y eficaz nos impulsará a vivir según las enseñanzas de Jesús y a ser presencia suya en medio del mundo.

En la dinámica que hemos realizado al comienzo de esta sesión hemos descubierto que los primeros cristianos leyeron la Biblia utilizando cuatro claves:

- la lectura atenta y respetuosa del Antiguo Testamento
- la constante referencia a las situaciones que vivían
- en un clima comunitario inundado por la presencia del Espíritu
- con la luz que ponía en sus ojos la presencia del Resucitado.

Estas claves fueron desarrolladas por los padres de la Iglesia. Después por los monjes, los teólogos, los artistas y otros muchos cristianos a lo largo de los siglos. Este modo de leer la Biblia ha llegado hasta nosotros con la riqueza de una experiencia secular que debemos recibir como una preciosa herencia. Esta herencia nos llega en una situación nueva que hemos de tener en cuenta para aprovecharla adecuadamente. He aquí algunas reflexiones para actualizar dichos criterios en nuestra lectura cristiana de la Biblia.

1. Hacer una lectura respetuosa

La principal preocupación que debe guiar nuestro primer acercamiento a un pasaje de la Biblia es la de tratar de descubrir la experiencia creyente que dejaron reflejada en ella nuestros antepasados en la fe y acercarnos a dicha experiencia con un gran respeto. Para ser respetuosos con ellos es necesario, en primer lugar, tener mucho cuidado para no proyectar sobre el texto, consciente o inconscientemente, nuestra subjetividad; hemos de evitar leer la Biblia desde nuestras propias ideas (personales o de grupo), o desde nuestra propia comprensión de la realidad. La Biblia nació en una cultura distinta a la nuestra y en una época de la que nos separan miles de años. Acercarnos a la Biblia es como acercarnos a una persona que ha nacido en una cultura distinta a la nuestra. Necesitaremos algún tiempo para conocer sus costumbres y su forma de actuar, lo que ciertas cosas significan para ella, sus recuerdos de familia, etc. También necesitaremos algún tiempo para conocer el mundo de la Biblia y aprender a leerla siendo respetuosos con ella.

Para ayudarnos en esta tarea los estudiosos de la Biblia llevan trabajando incansablemente muchos años. En el último siglo han desarrollado una serie de métodos y acercamientos que tratan de introducirnos en esta lectura respetuosa de la Biblia, ayudándonos a evitar el peligro de una lectura literalista o interesada, que se conoce con el nombre de lectura fundamentalista. Por supuesto que no es imprescindible conocer los mecanismos de todos estos métodos científicos, basta con que cada uno a su nivel haga este esfuerzo de acercarse con respeto al texto. El primer paso puede ser consultar las notas que las ediciones de la Biblia suelen traer, el segundo consultar algún comentario sencillo y así, poco a poco, ir aprendiendo a leer el texto desde él mismo, no desde nosotros.

Todos los métodos y acercamientos que utiliza la exégesis conducen a este objetivo, pero para

hacer una lectura creyente de la Biblia hay que dar prioridad a aquellos que ayudan a descubrir mejor la experiencia de fe que está detrás del texto. Lo que el creyente busca en la Biblia es, ante todo, la experiencia de sus antepasados en la fe que se encontraron con Dios y han dejado plasmada su experiencia en los libros de la Biblia. La verdad que encierra la Biblia para él no es de tipo científico, ni siquiera histórico, sino la verdad de una experiencia concreta que la Iglesia ha reconocido como ejemplar y dinamizadora de la fe al recibir estos libros en el canon de las Escrituras.

2. Mirar la vida en toda su profundidad

El creyente no lee la Biblia para saber más cosas sobre ella, sino para entender su propia vida. Por eso, en el proceso de lectura cristiana de la Biblia es muy importante aprender a mirar la propia vida en toda su profundidad; no sólo en su dimensión personal, sino también en su dimensión social e histórica. De este modo se ponen las bases para el diálogo entre la experiencia reflejada en los textos de la Biblia y la experiencia de quienes la leen. La relectura que los primeros cristianos hicieron del AT nos enseña que las Escrituras revelan el sentido de los acontecimientos y que los acontecimientos revelan el sentido de las Escrituras. En el diálogo que supone este proceso de lectura, la Escritura ayuda a comprender, desde la mirada de Dios y desde su plan salvador, lo que nos sucede hoy con una claridad y una certeza que no podríamos alcanzar de otra forma; otras veces es la vida, sobre todo las nuevas situaciones, la que pone de manifiesto el alcance hasta entonces oculto de algunos pasajes.

Cuando afirmamos que la Palabra de Dios es una palabra viva, queremos decir que aquellas experiencias de fe del pasado tienen como objeto iluminar las experiencias de fe de cada generación y, dentro de cada generación, las experiencias que se viven en diversas situaciones personales y en diversos contextos sociales. Los creyentes leemos la Biblia desde nuestro puesto en la vida y es evidente que lo hacemos desde situaciones y contextos distintos. Esto significa que, al cambiar uno de los dos interlocutores que intervienen en el proceso de lectura, es posible que cambie también el contenido de la conversación y los resultados de la misma.

Es legítimo hablar de una pluralidad de interpretaciones, que nace de una lectura de la Biblia en diferentes contextos. Las preguntas que se dirigen a los textos, la sensibilidad desde la que se hacen y las resonancias que se encuentran son distintas. Y así la luz que encuentra en un texto concreto una comunidad de base en América Latina, en medio de una situación de inseguridad e indigencia, es distinta de la que percibe una comunidad en la Europa rica, que goza de prosperidad económica y de bienestar. No estamos hablando ahora de la interpretación dogmática de los textos, que sirve como fundamento a la reflexión teológica y a la fe, sino de la lectura cristiana de la Biblia que busca en la Palabra de Dios aquello que buscaban los primeros cristianos: luz para el sendero de sus vidas. En este tipo de lectura cabe y es deseable una pluralidad de interpretaciones, que revelan la riqueza insondable de la Palabra de Dios, que es nueva en cada generación; una pluralidad que debe mirar siempre a la unidad y tener en cuenta la tradición de la fe.

3. Leer en comunidad

La dimensión comunitaria de la lectura cristiana de la Biblia plantea el problema de quién es el sujeto de su interpretación. ¿A quién corresponde la interpretación: a los expertos, al magisterio, a los sencillos a quienes Dios revela sus secretos...? La experiencia de las comunidades lucanas nos dice que el auténtico intérprete de las Escrituras es la comunidad guiada por el Espíritu. Dentro de la comunidad, sin embargo, existen diversos carismas y todos ellos han de participar en el proceso de interpretación, porque de otra forma la presencia del Espíritu no sería completa.

La comunidad cristiana guiada por el Espíritu es, pues, quien puede hacer una lectura más penetrante de la Biblia. Es también el espacio donde acontece el diálogo entre la Biblia y la vida. En esta búsqueda del sentido del texto para nosotros hoy, la comunidad debe escuchar a los estudiosos de la Biblia, que la ayudan a leer el texto respetuosamente; a la gente sencilla, que es capaz de captar mejor su referencia a la vida; y al magisterio vivo de la Iglesia que ha recibido el encargo de interpretar auténticamente la palabra de Dios. Estas tres referencias son obligadas para que la interpretación sea verdaderamente eclesial.

En este contexto podemos preguntarnos qué sentido tiene la lectura individual, que el Concilio recomienda (D.V. nº 25). Ciertamente es muy importante, pues gracias al estudio y a la meditación personal, la lectura comunitaria es más rica y más plena. Es conveniente, pues, que la lectura individual preceda a la lectura comunitaria para prepararla y la continúe en la meditación y asimilación personal, teniendo siempre en cuenta que la interpretación de la Escritura no es un asunto privado, sino que corresponde al Espíritu que asiste y anima a la comunidad cristiana (2 Pe 2,20-21).

4. Teniendo en los ojos la luz del Resucitado

En una lectura cristiana, que se hace desde los criterios de la fe, esta perspectiva es fundamental. La experiencia de los primeros cristianos nos enseña que hay una íntima relación entre Jesús y las Escrituras: por un lado, las Escrituras ayudan a descubrir quién es Jesús; y por otro Jesús resucitado la clave de las Escrituras y quien abre el entendimiento de los discípulos para comprenderlas.

Las Escrituras nos hablan de Jesús. Los primeros cristianos descubrieron en las Escrituras muchas cosas sobre Jesús. Descubrieron, por ejemplo, cuál era el sentido que tenía su muerte en la cruz. Leyendo el Antiguo Testamento se dieron cuenta que Dios había anunciado a través de los profetas un siervo sufriente, que pondría su confianza sólo en Dios. A lo largo de la historia los cristianos han seguido descubriendo a Jesús en las Escrituras, y esto es lo que buscamos nosotros también cuando las leemos hoy.

La clave que da sentido a las Escrituras es Jesús. Por eso cada vez que leemos un pasaje debemos preguntarnos cómo podemos comprenderlo mejor a partir de las palabras y de las acciones de Jesús. Esto es especialmente importante cuando leemos un pasaje del Antiguo Testamento, cuya plenitud es Jesús, pero es también útil cuando leemos un pasaje del Nuevo Testamento, porque todas las Escrituras hablan de Cristo y en él encuentran su verdadero sentido.

La luz de la pascua de Jesús es la que ilumina nuestra comprensión de las Escrituras. Como sucedió con los discípulos de Emaús (Lc 24,32) y con los apóstoles (Lc 24,45), es Jesús resucitado quien sigue poniendo fuego en nuestros corazones y abriendo nuestro entendimiento para que comprendamos adecuadamente las Escrituras. Quienes han tenido la experiencia de encontrarse con él y leen las Escrituras desde esta certeza, descubren en ellas un sentido más profundo. Jesús resucitado pone en ellos una luz nueva y más penetrante que les guía en la comprensión del mensaje que encierran para hoy.

Esta presencia de Jesús resucitado, que ilumina la mirada de los discípulos cuando leen las Escrituras en el seno de la comunidad reunida en el Espíritu, es la que mejor caracteriza la lectura cristiana de la Biblia. Es necesario reconocer que este tipo de lectura se hace desde unos presupuestos que la condicionan, que no es una lectura neutra. Pero al mismo tiempo hay que admitir que toda lectura se hace desde algunos presupuestos, y que no existe ninguna lectura neutra. La lectura desde la pascua de Jesús es coherente con la comprensión que las Escrituras cristianas (el NT y el AT tal como lo leían los primeros cristianos) tienen sobre sí mismas. Al acercarnos a la Biblia desde este ángulo concreto la estamos leyendo en el mismo espíritu con que fue escrita, y somos fieles a la intención de sus autores, cuyo principal propósito fue confirmar y fortalecer la fe de las comunidades a las que se dirigían (véase Lc 1,4; Jn 20,30-31).